



## ALMA DE MUJER

Florbela Espanca

Traducción de Lucía Varela Relegiel y Sónia Cerqueira Ribeiro

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

A mi querida y excelentísima  
amiga Dña. Glória Lomba.

### I

—¡Margarida! Los alemanes han vuelto a ocupar J.. ¡Qué desgracia! Nuestra pobre Alsacia ya no volverá a ser francesa, por más que nuestros corazones latan de amor por Francia, por más rabia que nos den esos odiosos alemanes. Dios mío, ¿qué será de nosotros?

Esto decía, llorando agitadamente, la vieja ama de Margarida Dubois. Era una chica hermosa, con los ojos más negros del universo, con la cara más bonita que pueda uno imaginar, con el talle más esbelto con el que cualquier reina pueda soñar. Tranquila, tanto como nerviosa estaba la anciana, preguntó:

—¿Pero qué ocurre, ama? ¿Los alemanes en J.? ¡Eso no es posible!

—¿Que no es posible? ¿Y eso por qué, mi niña? ¿Por qué no es posible? Dios Nuestro Señor nos ha abandonado hace mucho, para proteger a esos infames que asesinan a mujeres y niños. Mira, mi niña, desafortunadamente los verás demasiado deprisa. He leído el papel que pegaron en la puerta de la *mairie*: los alemanes han ocupado J.. Lo vi, con estos dos ojos que se comerá la tierra, mi niña. Ay, mi angelito del cielo, ¿a dónde iremos ahora, dos pobres mujeres que no tienen a nadie en el mundo que las proteja y las guíe?

—¿A dónde iremos? Pero, ¿a dónde quieres ir ama? Yo estoy en mi casa y en ella me quedo, suceda lo que suceda, cueste lo que cueste. Ama, si quieres puedes irte con las tropas que nos abandonan a la ira de los miserables. Yo estoy aquí, ¡aquí me quedo!

—¿Y si aparece por ahí Karl, mi niña? Él está al mando de un regimiento que acampa cerca de aquí; supe esto hace poco, allí en la *mairie*.

Margarida miró fijamente a su ama y, altiva y triste, cogiendo las manos de la pobre anciana que la vio nacer, le dijo muy seria:

—Karl, un alemán, era el novio de una francesa; pero en aquel entonces los alemanes no combatían contra Francia. Hoy, los alemanes son enemigos de la Patria y como enemigos serán tratados todos, sin excepción. ¿Comprendes, ama? Por grande que sea mi amor, porque lo amo como antes (tú sabes bien lo constante que es tu Margot), por grande que sea mi amor, por más veneración que albergue hacia la memoria de mis queridos padres que me lo escogieron como esposo, no me casaré con él, no seré nunca para él más que una francesa que odia a los enemigos de su Francia querida.

En el momento en que Margarida le hacía esta confesión a su vieja ama, un gran bullicio se comenzó a oír en las plazas y en las calles de la pequeña ciudad en la que vivía Margarida, en los alrededores de J.. Los alemanes acampaban, señores de todo, de aquellos palmos de terreno que los franceses habían defendido con una bravura heroica. Margot corrió a la ventana y observó todo aquel espectáculo angustioso. Los tres colores de Francia ya no ondeaban; la bandera alemana había sido izada entre un siniestro silencio. Un súbito desfallecimiento la hizo caer sobre una silla, pero enseguida se levantó, altiva e

irritada, mirando con aplastante desdén todos aquellos rostros macilentos alemanes, conducidos hacia la matanza por señores omnipotentes cubiertos de galones y oro. ¡Ah! Francia era solo un corazón, latiendo en todos aquellos pechos. Pero una voz asustada le hizo volver la cabeza de repente:

—Ay, niña, ¡Karl está aquí! Pide ser recibido inmediatamente, dice que tiene cosas importantes que decirte.

—¿Karl, aquí? Con cosas importantes que decirme... Está bien, hazle pasar.

De ahí a unos instantes, un chico entró en la sala. Era un oficial joven y simpático; tenía una expresión inteligente y dulce en sus ojos pardos de una tristeza infinita...

—Margot, *ma petite amie!* Estoy tan contento de volverte a ver. La guerra nos separó, la guerra nos acercó de nuevo y yo continúo siendo tu amado, tu Karl, que te quiere con toda la fuerza de su alma. ¿Sabes qué, Margarida? Puedes estar plenamente tranquila, no tienes absolutamente nada que temer, nadie osará hacerte daño, te lo juro. Háblame, Margarida. Echaba tanto de menos tu voz. Hace un año, hace 365 días, largos como siglos, que no tengo la gran suerte de escuchar esa música divina. ¡Habla, Margarida!

—¿Qué quieres que te diga, Karl? —dijo Margarida, pálida como una muerta, con una palidez comparable a la de una monja que hubiese renunciado a su amor terrenal por el amor celestial.

—¿Que qué quiero que me digas? ¿Me preguntas eso a mí? No entiendo tu frialdad, Margarida, no entiendo, no lo puedo comprender. A no ser que... Pero no, es imposible, a no ser que... dependas de alguien, que... ¡te hayas casado! Si así fuese...

—¿Si así fuese?... Pero no lo es, no lo es, no estoy casada, lo juro. Me mantengo y me mantendré siempre soltera.

—¿Siempre? ¿Y yo?

—Tú te llamas Karl Ulrich y yo me llamo Margarida Dubois. Ulrich, ¡nunca! No hay nada en común entre nosotros; ¡yo soy francesa!

Esto lo dijo con tanta majestuosidad, con tanta altivez y, al mismo tiempo, con tanta firmeza, que el alemán la miró fijamente, horrorizado:

—¿Entonces no te casarás conmigo? ¿No te casarás conmigo?

—¡No! Ni contigo ni con ningún otro. Mi corazón es solo tuyo, te amo igual que antes. Por ello, no le mentiré a ningún hombre, no me casaré nunca. Contigo, ¡imposible! La guerra no nos ha acercado, como has dicho, nos aleja y cada vez más. ¡Porque yo, yo, la

francesa que levantó en su pecho un altar para su Patria, odio a Alemania con toda la fuerza de mi alma, con todo el odio que un pequeño corazón de mujer puede albergar!

—¡Calla, Margarida! Te pueden oír.

—¿Qué me importa eso? ¡Fusiladme, vamos! La vida me es indiferente por completo. Nada me ata a ella. No tengo madre, ni padre y ya ni siquiera tengo amor.

—Margarida, te perdono todas tus injurias. ¡Te amo tanto que ni siquiera defiendo a mi Alemania contra tus palabras! Sea como quieras. ¡Pero no me digas más que ya no sientes amor, no me digas más que no serás mía algún día, mi Margot querida, tan recordada y amada! Tu resolución no puede ser definitiva; Margarida, me quieres como antes, me lo has dicho hace poco, y yo te adoro. Entonces, mira, si te obstinas en este cruel rechazo, no serás nunca madre, no tendrás nunca ese pequeño bebé rosado y rubio, de ojos azules, que vivía siempre en tus sueños de novia, ¿te acuerdas?...

—Un pequeño bebé rosado y rubio... ¡Es verdad! ¡Mi sueño querido! Mira, Karl, esa es mi mayor tortura: ¡acordarme de que nunca tendré un niño que me llame madre, que se duerma en mi regazo, al que besar con locura en su boquita linda y rosa!... ¡Es mi mayor tortura!

—¡Menos mal, Margarida! ¡Oh! ¡Bendigo esa tortura tuya! Es gracias a ella que te retendré. ¡Es ese niño rosado y rubio de ojos azules el que te restituirá como mi prometida!

Margarida movió lentamente la cabeza:

—¡No! ¡Antes que nada, Francia!

—Está bien, Margarida, me retiro. Esperaré con entereza tu respuesta, fatal y precisa, que me darás en tres días. Te vendré a buscar el próximo martes. Te pido, Margarida, que no seas obstinada y mala; ten compasión de mí y acuérdate sobre todo de ese niño rosado y rubio... Te juro que te haré feliz, como les prometí hace tiempo a tus pobres padres, que ya me consideraban como un hijo querido. ¿Margarida, aplastarás con tus pies ese recuerdo? ¡Imposible! Adiós, mi Margot, volveré el martes. ¿Y sé buena, sí?

—Adiós, Karl. El martes nos veremos; pero es inútil, ya lo he pensado y no cambio de idea tan fácilmente. Pero, en fin, ven cuando quieras. ¿No sois ahora los señores? Estarás en tu casa, lo sabes bien...

Con una mirada profunda y dolorosa en sus ojos pardos de una tristeza infinita, Karl desapareció de la sala, dejando a Margarida postrada e inmóvil.

## II

Aquel martes de julio había amanecido claro y límpido. La ciudad estaba aún en poder de los alemanes, sin que nadie los hubiese incomodado en el *dolce far niente* en el que se encontraban, después de tantos y tan repetidos combates. Margarida esperaba a Karl, lívida y nerviosa. Siempre es duro renunciar a un amor cuando ese amor es el primero, el más dulce que se puede sentir en la vida. Por fin, a las diez le anunciaron una visita. ¡Era él! Llegaba pálido también, con unas ojeras profundas que le entristecían aún más los ojos pardos de una tristeza infinita... Al entrar, la miró largamente y, con una voz débil y trémula, en la cual se percibía la mortal incertidumbre de su suerte y la pena inmensa que le dilaceraba el corazón, siempre tranquilo en las cargas más cerradas cuando, frente a sus soldados, combatía contra esa Francia que se vengaba ahora cruelmente, robándole lo que más quería en el mundo; la esperanza de hacer suya a aquella mujer que lo había enloquecido:

—¿Entonces, Margot?... Mira, ¡no lo digas aún! Déjame verte primero... ¡mirarte bien a los ojos! Me rehúyen... ¡Dime que es mentira lo que tus ojos me cuentan! ¡Dime que me quieres aún!

—No puedo mentirte, Karl. ¡Mis ojos dicen la verdad! Mi respuesta es la misma del sábado: ¡soy Dubois, Ulrich nunca!

—¡Margarida!... ¿Y ese niño rosado y rubio de ojos azules? ¿Quién te lo dará? ¡No lo tendrás nunca! ¡No serás nunca madre, nunca!

—¿No?.. ¡Ahora verás! —Margarida salió corriendo de la sala, dejándolo perplejo y sorprendido. De allí a un momento volvió. Traía en los brazos una criatura: rubia, pálida y triste, una pequeñita y dolorida figura de niño a la que era imposible mirar sin temblar. Y cara a cara, trémula e indignada, con un brillo febril en sus grandes ojos negros que los ojos pardos contemplaban con una inmensa pena, con un doloroso espanto, Margarida exclamó:

—Mira, aquí tienes, señor Karl Ulrich: una víctima de los tuyos. ¡Mi hijo! ¡Mi querido hijo! Del niño rosado y rubio de ojos azules de mis sueños, solo quedan estos mechones de oro. ¡El color rosado de sus mejillas y su boquita, se lo robó el hambre y los ojos azules, que debían ser puros como los de un ángel, se los robaron los alemanes, se los robasteis vosotros, sectarios infames de vuestro infame dueño!

El niño, en los brazos de Margarida, rígido y tembloroso lloraba, con un llanto convulso con el que sollozaba todo su terror más profundo al verse junto a un hombre de los malos que le habían robado todo. Y aquellas cuencas donde habían brillado sus ojos de un azul purísimo, parecían observar, con una mirada angustiada y enloquecida, al hombre malo. Después, rodeando con sus bracitos delgados y trémulos el cuello de Margarida, balbuceó dulcemente:

—*¡Ma petite mère!*

Entonces, transfigurada, besando al pequeño belga, Margarida exclamó:

—¡Mira! ¡Ya soy madre! ¡Él me ha llamado madre!

El texto original “Alma de Mulher” (1916) se encuentra publicado en

Florbela Espanca, *Contos. Obras Completas de Florbela Espanca, vol. III.*

Lisboa, D. Quixote, 1985

Imagen de Hansi, pseudónimo de Jean-Jaques Waltz